

Solemnidad. La Ascensión del Señor

LIBRE Y SERVIDOR TOTAL

Por Padre Pedro José Ynaraja

Pese a que ni los veamos, ni los toquemos, nuestra vida está encerrada en una cárcel con rejas que nos aprisionan, son dos barrotes: el espacio y el tiempo. Si pudiéramos afirmar como Guy de Larigaudie: "Me he paseado por el mundo como por un jardín cerrado por muros. He llevado la aventura de un extremo al otro de los cinco continentes y he realizado uno tras otro todos los sueños de mi infancia. El parque de la vieja casa solariega de Perigord, donde di mis primeros pasos, se ha alargado a los confines de la tierra y he jugado sobre el mapamundi, el maravilloso juego de mi vida. Por tanto, las paredes del jardín no han hecho más que retroceder y continúo en una jaula. Pero vendrá un día que podré cantar mi canción de amor y júbilo. Todas las barreras caerán. Y poseeré el infinito". Si con sinceridad pudiésemos confesar lo mismo, nos daríamos cuenta de que esta realidad no nos satisface del todo. El hombre, culminación sublime de la creación, intuye que está destinado a otra realidad superior.

La resurrección de Jesús, como os he dicho en otras ocasiones, mis queridos jóvenes lectores, no es una resucitación. Las apariciones, hablando, enseñando cicatrices, comiendo o compartiendo pesca del lago, si bien les aseguraba a sus discípulos que estaba vivo, que era el mismo que con ellos se había movido de arriba abajo, y de este a oeste, por la Galilea, convenía que se enteraran claramente que Él pertenecía a otra existencia, que cuando terminaba una aparición, no se ocultaba, para volver en otro momento a encontrarse con ellos. Que su vida, su muerte y su resurrección no les pertenecía a ellos. Que era salvación para todos los que quisieran aceptarla y que con todo ello, había abierto un camino seguro, que se inauguraba para todos. Era, pues conveniente, que esta etapa acabase y quedaran convencidos de ello. De aquí que lo que llamamos Ascensión, es en realidad la última aparición y el mensaje de los varones (ángeles en realidad) que les reprochan su aielada actitud, quería enseñarles lo dicho. Había llegado la hora de que Él velara por todos, de que a todos fuera accesible. Si hubiera permanecido en un lugar, únicamente los que estuvieran capacitados para viajar, hubieran podido ponerse en contacto con Él.

La Ascensión es llegar Él a una gran morada, donde, si en Él creemos, todos podemos permanecer felices para siempre. También es una demostración de su triunfo, pero, pese a ser testigos de ello, continuaron sin decidirse y es que, para que la estancia del Señor entre nosotros, cambiara, mejorara la vida de los

discípulos, y la llevara a caminos de heroicidad, era necesaria la asistencia del Espíritu del Señor, que llegó el día de Pentecostés. Solamente apunto la idea. Debemos esperar impacientes y esperanzados, el próximo domingo. Si le somos fieles, nuestra vida cambiará. El nacimiento, los desvelos de Jesús mientras predico por Galilea, su tortura, condena y ejecución, no serán inútiles. Para que se incruste en el interior de nuestro ser e influya en nuestra vida, se precisa la asistencia del Espíritu del Señor. Lo repitió más de una vez: conviene que me aleje de vosotros para que Él, que es vuestro abogado y será estímulo en vuestra vida, os llegue, os ilumine y os de coraje.

Como sé que a muchos de vosotros, mis queridos jóvenes lectores, os gusta que dé detalles topográficos de las hazañas del Maestro, os explicaré que la cima de la montaña donde acabó la aparición, esta delante de Jerusalén. En realidad, es una minúscula sierra que se eleva pocos metros más que la ciudad. Se construyó allí una basílica, de sólidos muros, pero sin techo. En el centro del perímetro octogonal, hay un pequeño edículo, también octogonal y este sí cubierto por una sencilla cúpula, donde se atreven a enseñarnos la huella (sic) que dejó el pie del Señor, antes de elevarse. Lamentablemente, el recinto pertenece al mundo musulmán y para visitar el lugar hay que pagar entrada. Solo el día de la festividad se permite a los cristianos celebra la liturgia. He subido y bajado la empinada cuesta bastantes veces. Creo que si uno no se para por el camino, se puede llegar aproximadamente en media hora, a partir de Getsemaní. Si uno sube en coche, debe poner la primera marcha, os cuento este detalle para que imaginéis la pendiente de la ruta.

.